

ACTAS DE LA IV EDICIÓN DEL TALLER DE TÉCNICAS DE DISERTACIÓN PARA FUTUROS PROFESORES DE FILOSOFÍA

Ponentes:

Soledad García Ferrer

Felipe Ledesma Pascal

El 4 de octubre del 2022 tuvo lugar, en el aula 1101 del Edificio Multiusos, el Taller de técnicas de disertación. El profesor Felipe M. Ignacio Silvero, organizador del taller, comienza diciendo algunas palabras respecto de su sentido. Señala que uno de los principales problemas de la asignatura de Filosofía en España consiste en que parece no tener una identidad propia, dando así la sensación de que no se sabe muy bien qué es lo que se debería aprender en ella (especialmente en 1º de bachillerato, dado que la Historia de la Filosofía tiene un perfil algo más definido). En consecuencia, considera que emplear la disertación como elemento vertebrador de la asignatura podría otorgar un cierto estilo propio a la clase de filosofía. Pero este proyecto se enfrenta al problema de que hay muy pocos profesores de filosofía en España que trabajen de esta manera, de tradición francesa y con mucho más recorrido en el país vecino, por lo que surgen muchas preguntas y muchas dificultades cuando se trata de implementar esta metodología en el aula. Por ello, en el marco del Máster de Formación del Profesorado se ha organizado este taller, impartido por dos de los mayores especialistas en la disertación que hay actualmente en España: los profesores Felipe Ledesma y Soledad García Ferrer.

Felipe Ledesma comienza el taller exponiendo algunas ideas en torno a por qué considera conveniente hacer disertaciones en la asignatura de filosofía. Señala que a los nuevos profesores les suele sorprender que los alumnos tienen una importante dificultad para entender los textos que leen y para redactar sus propios textos, por lo que sostiene que lo más importante de la labor docente consiste en enseñar a leer y a escribir. Ahora bien, no se trata de que aprendan exponer un discurso previamente memorizado, sino de que aprendan a pensar cómo estructurar un discurso propio y coherente, es decir, a redactar. Por ejemplo, no se trata de que si se les pide que realicen una comparación sepan exponer las similitudes y diferencias previamente señaladas por el profesor, sino más bien que sean capaces de hacer el esfuerzo intelectual de comparar por sí mismos sin tener que repetir las palabras de otros. La disertación serviría precisamente para enseñarles a redactar: usar argumentativamente la lengua, plantear preguntas, abordarlas, recurrir a conceptos importantes, echar mano de lecturas pertinentes, usar estas lecturas acertadamente, tratar de llegar a alguna conclusión aunque sea provisional, indagar en los presupuestos de nuestras afirmaciones, etc.

A continuación, Soledad García Ferrer nos expuso en qué consiste una disertación. Se trataría de un ejercicio escrito que consta de varias partes. En primer lugar, una introducción, que suele ser la parte más difícil, en la que se problematiza la pregunta (título del ejercicio) propuesta por el profesor, de tal manera que el alumno tiene que comprender por qué la pregunta inicial dada constituye un problema. Esto suele hacerse concretando la pregunta, conectándola con otras, analizando la propia pregunta, etc. En segundo lugar, un análisis de los conceptos implicados en la pregunta, lo que implica determinar con claridad cómo los vamos a entender y, consiguientemente, de qué vamos a hablar, de modo que no haya lugar para vaguedades. En tercer lugar, una argumentación en la que se aclara la propia postura en relación al problema, se defiende argumentalmente dicha postura y se refutan razonadamente las posturas contrarias. Y por último, en cuarto lugar, una conclusión en la que se exprese la postura sostenida. Soledad nos señala además que hay una serie de ingredientes que no pueden faltar en una disertación, y que pueden encontrarse en cualquier parte de ella: referencias a los autores estudiados para elaborar la disertación (textuales o no, aunque siempre documentadas), ejemplos (preferiblemente actuales) y fuentes de información. Además, señala Soledad que la disertación (que debería ocupar entre 3 y 4 páginas) debe asumir un estilo ensayístico y debe presentar un discurso estructurado y continuado (evitando la segmentación en partes inconexas).

Después, Felipe pasó a exponer cómo se introduce la disertación en una programación de filosofía (en primero de Bachillerato). Su modo de trabajar consiste en agrupar todos los temas que se van a abordar en el curso en una serie de epígrafes que se introducen con una pregunta que podría ser el título de una disertación. Se trata de preguntas típicamente dialécticas, ese tipo de preguntas cuya respuesta solo puede ser de “sí” o “no” y que, en consecuencia, nos obliga a tomar posición en favor de una cosa o de su contraria. Para enseñárnoslo, proyecta en la pantalla uno de los programas que él mismo impartió. Ahora bien, reconoce que se trata de un programa muy extenso y que no es posible trabajarlo en su totalidad. No obstante, señala que algunos temas de la programación son imprescindibles y que, entre los demás, es posible seleccionar los que más interesen a los alumnos (aunque en realidad todos los temas son siempre abordados dado que al estar tan estrechamente vinculados acaban siendo tratados de una manera o de otra).

Felipe nos cuenta, además, que para desarrollar su temario prefiere trabajar fundamentalmente con textos que propone a sus estudiantes siempre bajo la guía de alguna pregunta. Las preguntas orientativas son un modo de facilitar la lectura de dichos textos y también la escritura, pues hace más sencillo a los alumnos discutir con los textos. Ahora bien, no tendría por qué ser solo con textos. Podría ser también con todo lo que aprenden en otras asignaturas, con películas que han visto, o con experiencias que se tienen en la clase de filosofía (estudiando lógica, haciendo acertijos lógicos..., esa experiencia es importante para reflexionar en torno a qué significa razonar). En otras ocasiones, señala, querríamos que supieran algo de algún texto muy complicado: en tal caso podemos contarles lo que queremos que sepan diciéndoles dónde está. De lo que se trata en todo caso es de que construyan un discurso propio acerca de estos problemas, alcanzando una respuesta pero siendo conscientes de que no será definitiva. Se trata de enseñarles a discutir

sobre los asuntos que les interesan, pero sin estar llegando nunca a la verdad o la solución correcta.

Soledad prosigue explicando cómo trabajar en clase los textos con la vista puesta en las disertaciones. Para ello, expone cómo inicia ella su curso de filosofía en primero de Bachillerato. Propone a los alumnos comentar un texto de Hannah Arendt sobre Sócrates y el fragmento de Platón en el que expone el mito de la caverna. Soledad lee con sus alumnos los textos en alto. Resalta la importancia de leer con ellos para que aprendan la manera en la que se leen los textos filosóficos. Trata, asimismo, de guiar la comprensión de los textos mediante preguntas. Considera que de este modo no los enfrentan desde la pasividad y la dispersión, sino ya centrados y enfocados en trabajar una serie de cuestiones concretas. Con este procedimiento, se trata de que los alumnos vayan conformando unos apuntes con los que después se van a enfrentar a la disertación. Ahora bien, se trata de que los alumnos tomen apuntes no solo de lo que dice el profesor, sino fundamentalmente de las preguntas y problemas que van surgiendo mediante la discusión de los textos. Es, por tanto, sumamente importante conseguir que los alumnos hablen en el aula acerca del tema que se está abordando, no cortar la discusión y enseñarles que lo importante aquí son las preguntas y los ejemplos. Pero para lograr esto es necesario no tener prisa. Si no trabajan así en clase: discutiendo, alimentando sus dudas y fortaleciendo sus posturas, no van a poder hacer las disertaciones, pues estas consistirían fundamentalmente en replicar por escrito algo parecido a lo que se ha hecho en el aula. Soledad nos lee algunas de las preguntas de disertación que ha propuesto tras estudiar los textos de Arendt y Platón: ¿Es peligrosa la filosofía? ¿Cómo podemos aprender algo del que dice que no sabe nada? ¿Debe el filósofo dar a conocer la verdad aunque le cueste la vida? ¿Tenía razón Sócrates al pedir a Atenas que le pagara un sueldo? Destaca que son preguntas de sí o no, para que al alumno le resulte fácil decantarse. Quizá en momentos posteriores del curso se podrán hacer preguntas algo más abiertas. Añade Felipe que esto es muy importante, dado que en la disertación se trata de que examinen todas las posibilidades, por lo que resulta más sencillo si solo se contemplan dos.

Por otra parte, Soledad nos indica que también es necesario enseñar a los alumnos algunas cuestiones instrumentales: cómo se citan los textos, cómo se hacen las referencias, etc. Nos expone también cuáles son los criterios con los que evalúa las disertaciones: ortografía, sintaxis, recursos expresivos, coherencia del texto, argumentación, información, estructura y originalidad. Soledad nos comenta que considera que esto último es importante dado que la disertación es un modo de trabajo distinto al de la repetición (al que están acostumbrados), es personal. En este punto, Felipe interviene para señalar que él no introduce la originalidad como criterio. Ahora bien, está de acuerdo con Soledad en que -aunque no se trate de que sean innovadores- resulta fundamental que se note que la disertación es algo que han hecho ellos mismos y que han asumido riesgos. Esto, añade, puede dar lugar a que cometan algunos errores. Por ello, deberíamos tener en cuenta (y saber identificar) que es posible que encontremos algunos errores que justamente sean indicio de que han realizado un trabajo personal de pensar y valorar por sí mismos.

Soledad retoma su exposición realizando algunas consideraciones en torno a la evaluación. Nos dice, en primer lugar, que aunque emplea mayoritariamente la disertación, en ocasiones la combina con otros modos de evaluación (exposición de textos en los que se

pide a los estudiantes que analicen sus ideas, las relacionen con el temario y susciten una discusión, por ejemplo), que trata de hacerla a menudo para que los estudiantes vayan cogiendo práctica, que no suele ubicarla en fechas con muchos exámenes para que puedan ir más relajados y que propone también ejercicios voluntarios para quienes estén más interesados o para quienes hayan quedado insatisfechos con el resultado de alguna prueba. Comenta también que hace las disertaciones en el aula y que permite a los estudiantes contar con todo el material que les ha proporcionado (pueden citar, así, los textos), el cual, si no lo han trabajado previamente, no les podrá servir de nada. Esto no es un problema, además, porque la pregunta de disertación es nueva y porque, en realidad, no interesa tanto que conozcan cosas como que sean capaces de discutir acerca de las cosas que conocen.

Resulta indispensable que los alumnos conozcan previamente los criterios con los que se les va a evaluar, pues tales criterios deberían influir en cómo estudian. Y es conveniente que los tengan delante incluso mientras realizan la disertación. Hay que evitar, además, que hacer la disertación en clase se convierta para los alumnos en una situación de estrés. Para ello, recomienda enseñarles a que elaboren un plan antes de comenzar a redactar (un esquema con el que se aclaren qué van a sostener, de qué manera, qué ejemplos van a poner, etc.), así como trabajar específicamente en algunas sesiones aquellas partes que les resulten más difíciles. Además, hay que enseñarles a emplear adecuadamente el material con el que cuentan y a organizarse el tiempo. Para evaluarles, sostiene Soledad, es posible incluso negociar con los alumnos: cuántas disertaciones y si incluir algún otro tipo de evaluación. Esto es bastante importante porque los alumnos pueden rechazar este nuevo método de trabajo y de evaluación, tan distinto a lo que están acostumbrados.

Por otra parte, Soledad destaca que los materiales no tienen por qué ser fragmentos de textos, sino que pueden ser libros completos (siempre adecuados en longitud y dificultad). Pone como ejemplo el *Fedón* de Platón, *La búsqueda de la verdad mediante la luz natural* de Descartes, uno de los tratados de la *Genealogía de la Moral* de Nietzsche, *Qué es la Ilustración* de Kant, *Qué es filosofía* o la *Meditación de la Técnica* de Ortega, *El malestar en la cultura* de Freud, etc. Es incluso mejor para ellos aprender a leer un texto de inicio a fin. En cualquier caso, estas estrategias son combinables.

Sobre la corrección, Felipe y Soledad identifican algunas cuestiones fundamentales. En primer lugar, es necesario devolver a los alumnos sus disertaciones corregidas y asegurarnos de que entiendan nuestros comentarios. Se puede hacer además un comentario en conjunto con toda la clase y hablar personalmente con cada uno de los alumnos (esto sería lo más conveniente). En segundo lugar, es importante tener en cuenta la evolución de los alumnos a lo largo del curso y que los alumnos sepan que la vamos a valorar. No obstante, Felipe advierte de que esto puede desincentivar el trabajo desde el principio, por lo que depende de la idiosincrasia de cada grupo. Por tanto, no considera en ningún caso aceptable hacer al final del curso simplemente una media, pero hay que evitar que los alumnos se aprovechen de este método para trabajar menos. Por otro lado, añade en este momento Felipe que puede resultar útil no pedir a los alumnos todo a la vez, sino insistir en cada disertación en un aspecto concreto de los elementos que vamos a valorar, empezando por aquellos que consideremos más importantes. Avisan, además, de que para corregir adecuadamente las disertaciones puede ser imprescindible leerlas varias veces y tener en cuenta cómo han sido las disertaciones del grupo en general.

Finalmente, Soledad proyecta un video en el que sus alumnos de primero (tras realizar su primera disertación) explican en qué consiste una disertación y cómo se hace y relatan su experiencia con este método de trabajo. Realizamos entonces un descanso breve. Para finalizar, nos reunimos en grupos de 4 para analizar disertaciones reales de alumnos de Felipe corregidas para después comentarlas conjuntamente. El taller finaliza con una serie de preguntas, que dan lugar a los ponentes a realizar numerosas apreciaciones, entre las que destaca un comentario de Felipe señalando que aunque el trabajo con disertaciones puede ser muy ambicioso y generar quizá algo de inquietud en los estudiantes, es también muy modesto si somos capaces de valorar lo que hay de positivo en su trabajo y lo que ello supone: el aprender a redactar argumentadamente sus propias ideas.